

Radio Polonio: el pódcast radiactivo de Marie Curie

Episodio 3

Bienvenidas y bienvenidos, espero que estén bien. Soy Marie Curie, tal vez me conocen como Madame Curie, la científica radiactiva, o tal vez no me conocen en absoluto. Por eso estoy aquí.

Luego de muchos padecimientos y sacrificios en Polonia, por fin llegué a Francia para continuar mis estudios en la Universidad de París. Tenía 24 años y era una de las 27 mujeres de entre casi 1000 mil hombres que estudiaba en la Facultad de Ciencias. Sí, sí, escucharon bien: 27 mujeres y mil hombres. Esta enorme brecha de acceso a la educación científica entre hombres y mujeres me parecía increíble, ¿no es cierto?

En fin, primero fui a vivir a la casa de mi hermana Bronislawa —le decíamos Bronia— y luego de un tiempo logré alquilar uno de los lugares más baratos que había en el Barrio Latino, cerca de la Universidad de la Sorbona. Este lugar era una especie de altillo donde hacía un frío que se congelaba el agua de la canilla y donde no comí otra cosa que rabanitos durante meses. Solo me alcanzaba para comprar rabanitos, rabanitos y nada más que rabanitos.

Conocí a Pierre Curie cuando buscaba un laboratorio donde hacer mis investigaciones y experimentos, porque las mujeres no teníamos dónde trabajar en ciencia, la ciencia era para los hombres, de ninguna manera para las mujeres. Entonces, uno de mis profesores —con muy buena onda, como dirían ustedes— me presentó a Pierre, que aunque no tenía un gran laboratorio, me ofreció un espacio pequeño para comenzar mi trabajo.

Este espacio peculiar, por decirle de alguna manera, era un ambiente tan desfavorable que el químico alemán Wilhelm Ostwald lo definió como «un antro, una mezcla de sótano, almacén de papas y establo para caballos». Las paredes estaban llenas de grietas y goteras, que contaminaban y retrasaban el trabajo todo el tiempo, y el sistema de calefacción casi no funcionaba. Había también una barraca anexa a este espacio, pero estaba peor, casi no tenía suelo.

Sin embargo, ahí mismo, con seis grados en invierno y temperaturas agobiantes en verano, trabajé y trabajé y trabajé con 20 kilos de materiales químicos, una barra de hierro y unas mesitas de madera. Aun así, pese a las condiciones, probé la existencia de dos nuevos elementos: a uno lo llamé polonio en honor a mi patria, y al otro, radio, de enorme radiactividad. Con el tiempo logré aislar un decigramo de radio puro y determinar su peso atómico.

Más adelante, también anuncié un hallazgo que tendría implicaciones para el tratamiento médico del cáncer en el siglo XX: cuando las células cancerosas se exponían al radio, eran más vulnerables que las células normales. El radio podía convertirse en una herramienta para tratar el cáncer. Surgió así su primera y

enorme utilidad práctica, y su extracción había dejado de tener un simple interés experimental. Iba a nacer la industria del radio.

Podría haberme considerado propietaria e «inventora» del radio, patentar la técnica de su purificación y asegurarme los derechos de la fabricación del radio en todo el mundo, pero le dije a Pierre: «Es imposible. Sería contrario al espíritu científico».

Por eso, fue tan cruel e injusto que —a pesar de mis investigaciones y hallazgos— me trataran como la mera asistente de Pierre, como la chica polaca que lo ayudaba con sus instrumentos, incluso —luego de casarnos— como la esposa que le robó sus descubrimientos y se apropió de ellos.

No se cansaban de acusarme y denigrarme, pero no quiero seguir enumerando injusticias, ustedes pueden buscar y leer todo lo que escribieron sobre mí. Pero fíjense, para tener una idea aproximada de cuán poco o nada valíamos las mujeres y nuestros trabajos científicos basta una foto. Les comparto una fotografía tomada en la conferencia Solvay de 1927, probablemente la fotografía más conocida de toda la historia de la ciencia. Mírenla bien y cuenten cuántas mujeres aparecen en ella.

Lo de la fotografía es impresionante, ¿no? Y los números de estudiantes de ciencias, también. Quiero sacar la cuenta —en realidad, la proporción—, vamos a hacer juntas y juntos el cálculo. En la regla de 3, pongo que 1027 (o sea, los 1000 hombres más las 27 mujeres), 1027 es el 100 % de estudiantes de ciencias. Entonces, si 1027 es el 100 %, 27 ¿qué porcentaje es? $27 \text{ por } 100 \% \text{ } 1027 \text{ es igual a } 2,6 \%$. Es decir, 2,6 % de estudiantes de ciencias eran mujeres y el 97,4 % eran hombres. Ufff, ¿fuerte, no?

Bueno, ahora volvamos al año 2022 y démosles la palabra a dos jóvenes científicas argentinas, ellas tienen cosas para decir. Una es Josefina Pérès, ingeniera electrónica y apasionada de los satélites; la otra es Julia D'Angelo, paleontóloga especializada en vertebrados. Les comparto dos videos de un minuto cada uno para ver qué nos cuentan Josefina y Julia. Gracias por escucharme. Cuídense mucho. ¡Hasta la semana que viene!

Idea, guion y voz: Carina Maguregui.

* Esta transcripción es parte del recurso [Radio Polonio, el pódcast radiactivo de Marie Curie](#) del portal [educ.ar](#).